

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

## MADRID

Pesetas.

Mes. . . . .	1
Trimestre. . . . .	2,50
Semestre. . . . .	5
Año. . . . .	10

## PROVINCIAS

Tres meses. . . . .	3
Ses. . . . .	5,50
Año. . . . .	10
Extranjero y Ultramar. . . . .	5 pesos

## CORRESPONSALES

25 números de EL MOTÍN. 2,50  
Idem del Suplemento. . . 0,75

## NÚMERO DE EL MOTÍN

15 céntimos.



## ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe.  
Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100.  
La correspondencia al Administrador del periódico.

## Centro de suscripción.

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6.  
En la Habana, Galería Literaria, calle del Obispo, 55.

## NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

## PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

## REPRESALIAS

De la Puerta del Sol á la estación de las Delicias, de ésta á Toledo, y de la imperial ciudad á Hinojares, tal fué el camino que seguí para visitar en su parroquia al famoso D. Rufino, aquel presbítero que presenté á ustedes en el *Suplemento* al núm. 28, como ayo de los hijos de los marqueses de...

Molido por el traqueteo de la diligencia que desde la plaza de Zocodover transporta víctimas al curato de mi amigo, cubierto de polvo, mareado por la charla engorrosísima de una sobrina de un canónigo que desde la capital se dirigía á un pueblo inmediato á Hinojares, eché pie á tierra y me dirigí á la casa parroquial.

Dos años habían transcurrido desde que Don Rufino abandonó la casa de los señores. De Juliana nada se había vuelto á saber, pues todas cuantas cartas le escribí por encargo de la marquesa invitándola á volver á la casa, habían quedado sin respuesta.

Al llegar á la puerta vi á un chichuelo como de unos trece años que, según después supe, desempeñaba el cargo de monaguillo y criado del párroco. Era hijo del sacristán, un infeliz que desempeñaba, además del suyo, los cargos de escribiente del Juzgado municipal para los documentos que precisaban buena letra, cartero, ayudante del jardinero de las monjas, y ¡qué sé yo cuántos más!

Apenas me vió llegar el chico, sin yo preguntarle, me disparó la siguiente andanada:

—¿Buscaba usted al señor cura? Pues no está. Sabe usted, ha ido á eso de los *desámenes* de la escuela. Porque el maestro es así, muy dejao. Sí, señor, muy dejao. Se lo dijo D. Rufino en la sacristía á un señor de levita como usted, de ésos que mandan mucho y que los envía no sé si el alcalde, el gobernaor ó el ministro, á ver cómo anda el ajo en las escuelas. ¿Quié usted sentarse? Le sacaré una silla. O si quíe subir á ver á Doña Juliana, la prima de D. Rufino, que se ha quedao viuda porque se le ha muerto su marido y por eso se ha venido con el primo desde que es cura del pueblo. La pobre, ¡ya ve usted qué trabajos! A poco de llegar aquí tuvo un niño... porque venía... Vamos... lo que pasa. —Y al decir esto el chico, se sonreía entre malicioso y avergonzado. —¿Quié usted que la llame? —Y sin dar tiempo á que le contestase empezó á gritar: —¡Doña Juliana! ¡Doña Juliana!

Tan robusta, tan guapota como en sus buenos tiempos, apareció Juliana en el dintel de la puerta.

—¿Usted por aquí, D. Lucio? —me dijo algo ruborizadilla. —¡Cuánto me alegro! Suba usted á descansar un rato.

La seguí, y no bien entramos en una sala regularmente amueblada, se dirigió presurosa á correr la cortina de la puerta de la alcoba; pero ya era tarde: mis ojos, más listos que sus pies, habían visto una cuna con un niño gordínflon y coloradote.

Una vez corrida aquella cortina de tremendos rosetones azules, volvió Juliana junto á mí, me invitó á sentarme y me dijo:

—Pues sí, Sr. D. Lucio. La vida de Madrid no me prueba, y entre estarme en mi pueblo mal pagada y tratada sin consideración por los amos, he preferido venirme á servir á D. Rufino.

—Es claro —respondí— al fin ya se conocen ustedes... ¡Pero cuidado que se va usted poniendo bonita! Perdóneme usted, no se va usted poniendo; siempre lo ha sido usted.

—Favor que usted me hace...

—¡Qué favor ni qué patenas benditas! El mejor día salimos con que algún ricacho de este pueblo deja sin sirvienta á mi amigo D. Rufino. Vamos, que se casa usted sin saber cómo ni cuándo.

—No pienso casarme por ahora.

En esto rompió á llorar el chiquitín.

—¡Caracoles! —exclamé. —¿Canario de alcoba en esta santa casa parroquial? *Malum signum*, que diría el *pater*.

—¿Qué es eso, Juliana? ¿Qué le pasa al chico, que se le oye gritar desde la calle? —dijo D. Rufino entrando y quitándose el manto, sin fijarse en que yo estaba allí. —¡Pues apenas vengo harto de chicos! ¡Jesús! ¡D. Lucio! —añadió al verme. —¡Usted por aquí! Dichoso yo que he logrado que atienda usted á mi séptima carta.

Después de hablar de los marqueses, de mi viaje y de la vida pacífica y sosegada que llevaba en aquel pueblo, le pregunté, recordando sus antiguos proyectos de venganza:

—¿Y qué tal andamos de relaciones con el maestro?

—Mal, pues sigue tan bestia como siempre. Ya le he denunciado tres veces al inspector de escuelas. ¡Si viera usted cómo gozo cada vez que visito la suya!... Me complazco en hacer á los chicos las preguntas más difíciles, por poder decirle delante de todos sus alumnos que no sabe educar, que no entiende una palabra del arte pedagógico, etc., etc. El podría decir de mí que no sé dónde está un rezo del misal, que de la Liturgia ando á oscuras, pero... ¡El es maestro, y yo soy párroco!

Por la tarde acudieron los chicos de la escuela á la Doctrina, en dos filas, escoltados por el maestro, que con toda la paciencia de un Job los seguía, procurando que ninguno hiciese la *procesión del Niño perdido*, y se fuese á las eras

á coger grillos, á cazar pájaros ó á ver jugar á los bolos.

Desde la ventana de la casa parroquial vi á mi tonsurado amigo en el atrio del templo, erguido, tieso como una estatua, menos atento á los muchachos que, después de besarle la mano, entraban en la iglesia, que atisbando el instante de imponer al maestro la humillación más degradante que puede imponerse á un hombre. ¡Besar la mano de aquel á quien se odia encarnizadamente!

Previendo lo que iba á ocurrir, y que tal vez delante de mí se moderase, bajé y entré en la iglesia.

Acaso distraído, el maestro traspasó los umbrales sin acordarse de estampar el ósculo en la mano del párroco.

—¡Venga usted aquí! —prorrumpió airado Don Rufino. —¿Cómo han de aprender religión los muchachos, si el que debiera enseñársela es el primero que la desacata? Así salen ellos de díscolos y perversos. Lo mismo que pintar las fachadas de mi casa con dibujos y letreros como aquel de

Rufinito toca el pito,  
Don Rufino la guitarra,  
el sacristán la corneta  
y el bombo Doña Juliana.

¿Y á usted le parece bien, señora —añadió dirigiéndose á su ex-novia y esposa del *magister*, —venir á la iglesia con la cabeza descubierta? En la casa de Dios, las mujeres han de entrar tapaditas, muy tapaditas. Las cristianas han de ser un modelo de honestidad en todas partes.

—Sí, lo comprendo, Padre —balbuceó la buena señora entre confusa é indignada. —He olvidado aquellos santos consejos que usted me daba hace diez y ocho años en la vereda de los Molinos, y...

—¡Deslenguada! —gritó D. Rufino sin poderse contener. —En fin, pasen ustedes á la iglesia, que después... después ya veremos.

A raíz de esta escena, dió así principio á su plática doctrinal el párroco de Hinojares:

—Amados niños: ¡qué hermoso es el corazón de la infancia cristiana! ¡Sencillo como la paloma, dulce como la miel de las abejas, suave como el aroma de la flor! ¡Ay del malvado que abate el vuelo de sus blanquísimas alas! ¡Ay de aquel que amarga su dulzura! ¡Mil veces maldito el que convierte su aroma purísimo en nocivos miasmas!...

Todo este párrafo poético, entresacado de no sé qué sermonario, sirvió de base para una violenta oración contra el maestro, contra su mujer y contra los padres cristianos que le enviaban sus hijos.

Allí desató D. Rufino el saco de la ira; allí



lanzó los más violentos improperios; allí dejó caer al acaso las más criminales reticencias.

Yo, que había bajado al templo para ver qué maña se daba mi amigo en la oratoria sagrada, quedé sorprendido ante la pernicioso elocuencia del párroco de Hinojares; pero mucho más me asombró oírle, acabada de soltar la válvula de sus bajas pasiones, decir con todo el aspecto de un bienaventurado:

—Hoy me toca explicaros la caridad cristiana y el perdón de las ofensas.

El maestro fué destituido, pero no cobró los tres meses que se le adeudaban.

A los ocho días de la famosa plática, una carreta esperaba á la puerta de la escuela para transportar los mezquinos muebles de aquel sacerdote de la Ciencia, cuyo único delito, si delito puede llamarse, era el haber incurrido en la desgracia del sacerdote del fanatismo.

Al verle salir mustio y cabizbajo, acompañado de su mujer, que en cada mano conducía un niño, ambos semidescalzos y harapientos, me dijo D. Rufino:

—¿Ve usted? Yo consigo todo lo que me propongo. ¡Ya se van, ya se van!

Y no pude menos de decirle:

—¡Qué lástima de constancia enderezada para el mal! Esa fuerza de voluntad, puesta al servicio del bien, hubiera sido utilísima para la sociedad. El Seminario le ha conducido por malos derroteros. ¡Acaso no sea usted el único á quien el clericalismo extravía!

LUCIO.

## LA ESTACIÓN DE LOS POBRES

Muera Marta y muera harta.

La Providencia, que así vela por los lirios de los prados y por los insectos que no hilan ni tejen, como por los pájaros que se pierden de vista por los aires, las truchas que nadan entre dos aguas en los ríos y los poderosos de la Tierra, que huyendo de los ardores del estío se marchan con la música y los cuartos á otra parte, ha dispuesto en su infinita é insondable sabiduría que los pobres tengan también una estación del año para ellos: *el verano*.

El verano es, en efecto, una estación democrática por excelencia: inaugurado con la popular verbena de San Antonio de la Florida, célebre en Madrid, y festejado con las poéticas é inolvidables veladas andaluzas de San Juan y San Pedro, de Santiago y Santa Ana, el verano es la estación de la clase jornalera, un oasis en su azarosa vida. Durante esta época en que florecen los nardos y la albahaca, y en que los blanquísimos jazmines, asomándose por entre las enredaderas y las parras cargadas de racimos, entonan su himno de alabanza á la Naturaleza y murmuran palabras de cariño en los oídos de los enamorados, enviándoles en forma de esencias embriagadoras, billetes amorosos, que la pluma mejor cortada no acertaría á transcribir, el pueblo vive... menos mal que de costumbre.

Dicen que allá en el extremo Sur de la Península, en las fértiles comarcas de Andalucía, donde un sol casi africano despliega indomable pujanza, existen pobres segadores que con el cuerpo inclinado, la hoz en la mano, con la piel seca y echando fuego, jadeando muchas veces de sed y sintiendo sobre la irritada piel el aguijoneo constante de la raspa de la espiga que le provoca y desespera, punzándole en el pecho y en la mano y en los ojos y en las mejillas para mayor insulto, sin una brisa de aire que respirar, caen, para no levantarse, asfixiados de calor entre las rubias mieses, que, conducidas en carros en pintorescas gavillas, han de servir luego de fúnebre cortejo al infeliz obrero que por llevar un pedazo de pan, no siempre blanco, á sus infelices hijos ha sucumbido al pie de las que unos siembran, labran, siegan y recogen, para que otros coman. Las máquinas, redimiendo al obrero, llegarán á reparar estas injusticias, y el despiadado sol, esclavizado al hombre, ejecutará sumiso y obediente, unido á la máquina, el trabajo que un obrero inteligente, cómodamente recostado en la sombra, le ordenará hacer en desagravio de la crueldad que desplegó para con sus hermanos.

Mientras llega este día, lejano sí, pero no remoto ni con mucho, cuando leáis en los periódicos la noticia de los segadores que mueren asfixiados de calor, apartad la vista de esos renglones y fijadla en los bailes, saraos é inocentes juegos con que se recrean los aristocráticos concurrentes á Biarritz, á Mónaco y á Baden-Baden.

¡Qué hermoso es el verano! ¡Qué pintoresco está un mercado en esta época! Las plazas de abasto parecen ahora verdaderas exposiciones de pinturas modernas. ¡Qué vigor en los contornos, qué pureza en las líneas, qué corrección en el dibujo, qué calor en los tonos, qué verdadero poema de colorido, que diría un crítico! Allí el verde pimientito y el encendido tomate, la negra breva y la pálida manzana, se hallan confundidos con la obesa y encarnada sandía abierta en dos mitades y el riquísimo melón con la pequeña cala que muestra un interior de amarillo mate, de ese amarillo magnolia que recuerda el amarillo distinguido anémico, revelador casi siempre de una aristocracia tan rica de dinero como pobre de sangre; allí, todos los colores que el pintor combina en su paleta tienen en alguna fruta, planta ó legumbre adecuada representación. Sin embargo, inútil es decirlo, los colores vivos predominan. Lo intenso del calor excita hasta á la naturaleza inanimada, que se muestra en esta época insolente y provocativa.

¡Qué bien dicen que come el pueblo en el verano! ¡Qué panzadas de agua se echa al colete para solemnizar la fiesta! Nada menos que medio botijo de una sentada vi beberse á un albañil el otro día, después de comerse, cruditos y como los produce la mata, dos tomates que metían miedo y un pepino de regular calibre. ¡Qué ensaladas de pimientos más apetitosas las que hacen! ¡que tajadas de sandía las que se engullen! El verano es la época en que los pobres comen algunas veces y casi viven; en un periquete fraguan una comida en estos tiempos; el sol, tan cariñoso con los suyos, se encarga de alumbrar desde más temprano y apagar las candilejas mucho más tarde; él se encarga también, gratuitamente por supuesto, de hacer innecesario el combustible: ¿qué le importa al obrero que en verano el cobertor tenga media vara más ó media vara menos? La sombra de los árboles en calles y paseos le ofrece en las horas de la siesta cama, no diré blanda, pero sí espaciosa. El verano es decididamente una gran época para los que en invierno no tienen combustible ni luz ni abrigo, ni aun los recursos necesarios para *comer caliente* en la mayor parte de los casos.

A estas ventajas innegables oponen los descontentadizos algunos reparos: el verano es ocasionado á cólicos y tabardillos: estas dos enfermedades y las epidemias hacen más estragos por lo común en la clase obrera que en las clases mejor alimentadas y preservadas de los rigores del sol. No sólo en los campos, sino en las ciudades, la clase de albañiles, especialmente, resiste todo el día el sol cayendo á plano sobre su cabeza; á las doce en punto, y cuando ya los dueños consideran que, por la posición del sol en el meridiano, el trabajador más rudo ha podido aprender de un modo práctico el modo de echar la plomada para que los muros salgan perpendiculares, los albañiles descansan un par de horas para volver, repletos de tomates y pimientos y agua del Lozoya, á la pesada faena de apisonar la tierra ó colocar el ladrillo. Lo menos veinte albañiles veo todos los días desde mi casa trabajando, desde que el sol nace hasta que el sol se pone, en el muro de un convento de monjas que veranean en esta ocasión, compartiendo su tiempo entre juegos y fervorosas oraciones.

Los pobres tienen, pues, dos estaciones al año. El invierno, en que se mueren *sin comer*, y el verano, en que suelen morir *por comer* mal. Entre una y otra estación, yo creo, como ellos, preferible esta última; pues, siquiera sea de cosa tan insustancial como los tomates y los pimientos, al cabo, al morir, podrán llevarse el consuelo al otro barrio de aquella piadosa mujer que, viéndose víctima de una indigestión, exclamaba: *Muera Marta y muera harta*.

A. MACHADO Y ALVAREZ.

## MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

La cofradía de Jesús Rescatado de Salamanca hizo una túnica de terciopelo á su patrono, que estrenó la última Semana Santa. La historia de su confección es la siguiente:

Unas beatíficas congregantas encargaron á una bordadora de oro de la capital, la Srta. San Segundo, que dibujara y dirigiese el bordado de la vestidura, que habían de ejecutar cinco señoritas, tomando ella parte también en la ejecución.

Esto ocurrió á últimos de Septiembre de 1886.

Es difícil describir los desvelos y vigiliat que se impuso la Srta. San Segundo para dar fin á dicha labor, que hoy admira á cuantos la ven. Una vez concluida, dijéronle las cofrades que presentase la cuenta de su trabajo, como así lo hizo, tasándolo en quinientas pesetas.

No se sabe con qué objeto le exigieron una se-

gunda factura para presentarla en la congregación, en la que sólo se apreciaba el dibujo en ciento veinticinco pesetas, y el resto, hasta completar las quinientas que en la primera cuenta se consignaban, quedaron en pagarlo de su bolsillo las dos beatas sudichas.

Tratándose de tan piadosas damas, creyó la bordadora que obraban de buena fe, y no tuvo inconveniente en admitir, á cuenta de las quinientas pesetas, las ciento cincuenta que le entregaron en Abril, suplicándole que esperase por el resto hasta que la congregación dispusiera de fondos.

Transcurridos dos meses, pretendió hacer efectivo el resto de su factura, y le contestaron que ellas no tenían nada que ver con lo que se les pedía, puesto que tenían liquidada dicha cuenta con la factura y *recibí* que la incauta bordadora les había dado, de ciento cincuenta pesetas.

De donde resulta que, después de haber convenido en pagar quinientas pesetas por dibujo, dirección y cooperación en el trabajo, las benditas señoras se quedaron tan frescas pagando solamente ciento cincuenta, escudándose con la factura que por el medio ya citado sacaron á la bordadora.

Esta, desesperada de no poder cobrar, acudió á los Tribunales, y las beatas presentaron un tasador, también del ramo neo, que justipreció la obra en las ciento cincuenta pesetas entregadas, quedándose sin cobrar lo demás la operaria que tantos sacrificios había hecho estimulada por la justa esperanza de ver recompensados sus afanes.

Lamentable es el engaño de que ha sido víctima tan laboriosa señora; pero ¿acaso puede esperar otra cosa el que trata con los católicos al uso?

Si yo, cura Bocos, te denunciara á las autoridades como industrial de rifas no autorizadas, ¿qué dirías tú? Lo que yo diría de ti, si te *berrearas* cerca del Gobierno á propósito de una logia masónica que crees que existe en Chamberí.

Los documentos que me han hecho conocer tus manejos, son los siguientes:

### PARROQUIA DE SANTA TERESA Y SANTA ISABEL

NÚMERO .....

Se rifa el día 16 de Agosto de 1887 un *San Roque* para ayuda de las obras del pavimento de la misma.

Vale diez céntimos de peseta.  
Caduca al mes de celebrada la rifa.

### ASOCIACIÓN DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN

NÚMERO .....

Se rifa el día 25 una *virgen* para ayuda de los gastos de la novena del presente año.

Vale diez céntimos.  
Caduca al mes.

De la primera papeleta nada te digo, aun cuando me duela ver á San Roque por los suelos.

Pero se me ocurre una duda respecto á la segunda. ¿Se trata de la Madre de Cristo? Pues debiste decir, en vez de una *virgen*, una *imagen de la Virgen*, para evitar que el agraciado pueda tomar al pie de la letra el ofrecimiento, y exigirte una virgen de carne y hueso.

Aunque, dispénsame; he dicho una *presbiteriada*, vulgo barbaridad. No hay quien crea que un cura pueda ofrecer nunca una virgen, pues, por el solo hecho de pasar por su mano, ya deja de serlo.

Había en un pueblo próximo á Barcelona una anciana enferma, y el párroco iba á cuidarla por las noches, en unión de una hija de ella, casada, joven y guapa.

Sea por necesidad, ó por *escamamiento*, el marido de ésta dispuso un día enviarla á Barcelona, sin avisar al cura, y se quedó en casa de la suegra supliéndola como enfermero.

La noche en que se quedó viudo temporalmente, acostóse en la misma cama que tenía por costumbre su esposa, y, ¡cuál no sería su sorpresa al ver que levantaban las ropas diciendo en voz baja: ¡Joaquina! ¡Joaquina!

Se incorporó, miró, vió al cura... y mugiendo de ira abalanzóse á él; pero el otro pudo sortearle de primera intención, y cuando lo vió manso y aplo-mado ofrecióle no sé qué, y el otro se fué á pastar á la dehesa de la Prudencia y del Silencio.

Pasado el peligro, el *pater* se llamó *andana*, é hizo perfectísimamente, porque maridos así no merecen otra cosa sino entenderse con Salvador y morir de un volapie por todo lo alto.

Como no me dicen el nombre del pueblo donde el hecho ha sucedido, con esta fecha me dirijo á Salvador, el de Esparraguera, para que se sirva averiguarlo y comunicármelo.

Dice *El Sereno*, de Sevilla:

«Se murió un señor, amigo de las monjas de Monte



Sión, y ¡Dios lo tenga en su santa gloria, que ojalá no se hubiera muerto!

«¿Por qué? Porque las tales monjitas, que, como ustedes saben, no tienen otra ocupación que rezar y comer, han dado en parecer agradecidas, y como no tienen lágrimas bastantes con que llorar la pérdida de su protector, han acudido á las campanas, y dará por resultado que habrá de llorar todo el vecindario y aullar los perros».

«Hé aquí el programa de lágrimas y sentimientos de las desocupadas de Monte Sión:

«Siete de la mañana.—Recuerdo de que dormía tranquilamente el protector; toque de campanadas hasta las diez».

«Diez y diez minutos.—Memoria del magnífico almuerzo del protector; repique hasta las ocho de la noche».

«Ocho y quince de la noche.—Pensamiento de lo que haría, si viviese, el protector; toque y repique hasta las siete de la mañana del siguiente día».

«En fin, las tales mozas son como los gitanos; en diciendo *vamos á sentir*, lo mejor es mudarse del barrio».

Tiene razón y muchísima gracia para expresarla, nuestro querido colega.

Hay que ir pensando despacio en el destino que vamos á dar á las campanas el día del desahogo nacional.

¡Válgame San Jerónimo, y qué modo tienen las gentes de difamar á los presbíteros!

Ahora me vienen con que si un cura de una parroquia muy cercana á Madrid tiene en esta corte un Serrallo diseminado, compuesto de una tal Z., soltera, de veinticinco años y buen palmito, con la cual suele cenar en *El Habanero* y en *El Petit Forno*; otra Sra. S., casada, con quien se va de baileteos á espaldas del predestinado; otra llamada María (es la favorita), de veinte años, ex-monja, y á la que no visita, por ser ella quien lo visita á él.

Los días que está de guardia le acompaña desde la una hasta el anochecer, para que no se aburra el pobrecito; y los días libres, él se viste de frac y ella de colorado y se van de paseito en amor y compañía, hasta que al regreso la deja en su casa con su benevolente mamá, que ve con regocijo estas amistades de su hija y el *pater*.

Si todo esto fuese cierto, ¡qué envidia tendría á ese teniente que se da una vida de capitán general con mando en una plaza de Turquía!

Anda suelto por esos púlpitos de la Habana un *barbidn*, reo de jesuitismo con circunstancias agravantes, entre otras la de mentir más que habla.

Un día soltó á sus oyentes este cuento chino, queriendo hacerle pasar por verídica historia:

«Un inglés hereje había llevado á los Estados Unidos setecientos sectarios, con el objeto de formar un pueblo de incrédulos».

Si hubiera tratado de formar un pueblo de creyentes, no le hubiera hecho falta al inglés llevar tanta gente: con un par de presbíteros y una docena de amas rollizas estaba hecha la colonia.

Pero verán ustedes lo que le pasó al inglés por meterse á organizador de pueblos herejes.

«En castigo de sus faltas, todos se le murieron en breve plazo».

Justo castigo de Dios. Si hubiera escogido emigrantes católicos, no le hubiera sucedido esto.

Por aquello de que *hierba mala nunca muere*.

Llamó el párroco de Urrestilla á ocho Hijas de María y les dijo:

«Habéis estado bailando, sabiendo que me da rabia y que cada vez que os veo de danza se me hacen los dientes agua... de coraje. Pues de vosotras siete, tú, tú, etc., quedáis suspendidas del cargo de Hijas de María por un mes; y tú, Teresa, entrégame la cinta, pues quedas dada de baja».

Negóse la joven á entregársela, diciendo, y con razón, que le había costado su dinero, y que si el párroco la expulsaba era en venganza de no haber querido acceder á cierta proposición que le hizo.

Al oír esto las otras jóvenes, se desataron en improperios contra el *cuervo*, y lo pusieron como hoja de perejil, despidiéndose de la congregación, llevándose las cintitas, y diciendo en su jerga vasco-castellana:

«No creas vosotras que á la señor cura mucho importará llevemos á casa sinta. No en ella habernos puesto, la incomodará más».

¿Que es imposible *timar* á los curas? Dificilillo sí lo es, pero imposible no.

Una penitente de la Habana, á pretexto de que era hija de un gran señor de la comarca, cuyo hogar había abandonado por seguir á un seductor, obtenía de los diversos confesores á cuyos pies se arrojaba recursos para regresar á casa de sus padres.

Algunas sumas había recaudado con este procedimiento, cuando se aclaró que no era hija de tal señor, sino aventurera separada de su marido.

Y ahora están los curas inconsolables, no porque

algunos hayan dejado de cobrar en especie los cuartos que les sacó, sino porque, al ver sus felices disposiciones para agenciarse lo ajeno, hubieran querido todos y cada uno convertirla en ama... de su corazón.

¡Sin bienes gananciales que hubiera adquirido la parejita clerical!

¡Como que iba el *grajo* de Piñeira á quedarse sin bendecir las casas de sus feligreses! Las bendijo, y tornó al nido parroquial repleto de huevos y de *metalicum*.

«¿Y no hizo alguna tontería?—preguntarán ustedes».

«Como tontería, no; pero lo que es barbaridad, la hizo, y gorda».

Llegó á las casillas de dos guardesas de ferrocarril, cuyo jornal es dos reales, y, á pesar de su penuria, le hicieron la acostumbrada ofrenda de huevos; mas, como no le diesen dinero, empezó á gruñir, y no se marchó hasta que les sacó todo el que tenían. ¡Cuarenta céntimos entre las dos!

Recogidas las cuatro *perras*, se fué á la iglesia tan fresco, dispuesto á demostrar que la caridad es la mayor de las virtudes, y que los que la poseen en mayor grado son los presbíteros.

Celebrábase la procesión de San Pedro en Lugo, y todos los fieles contemplaban la ceremonia descubiertos, pero sin arrodillarse.

En esto aparecen el *cuervo* de Villar de Suavia y el de Chorrente, grandes amigos y compañeros de excursiones equívocas, y ocurriese al primero obligar á todos á hincarse de rodillas, y todos le obedecieron, menos uno.

Dirigióse airado á él, y se obstinó en que había de arrodillarse, á lo que el otro se negó; y no sé cómo hubiera terminado el asunto, á no decir el de Chorrente á su colega:—Déjale, que ése no puede arrodillarse.

¡Gran Dios! ¿Si lo diría por los palos que, según rumor público, atiza á los feligreses que no quieren reverenciarse á su presbiterial persona, y aquel desdichado sería una de sus víctimas?

El penitenciario de la catedral de la Habana, que hace de sobresaliente de espada diocesano por haberse cortado la coleta episcopal el obispo Piérola, ha hecho desde el *Boletín* eclesiástico el siguiente disparo:

«Al presente, el ariete del error dirige sus tiros contra la *santidad de la familia*, creada por la virtud del *Santo Sacramento* del matrimonio, y, en su delirio, sueña con el llamado matrimonio civil. Su nombre propio es *otro muy distinto*; tiene otro nombre más *inominioso*, que por *decoro* (!!!) ni se debe recordar ni nombrar».

Los que tienen un nombre propio más ignominioso, que por decoro no se debe nombrar, son unos caballeros que se dedican á traficar con los sacramentos, y á denigrar con la mayor insolencia á los que no quieren entregar la bolsa á semejantes... (aquí el nombre propio que se merecen).

No me gusta, Perico Valdivia, el de Granada, eso de que, contraviendo al *Padre nuestro*, en vez de pedir el pan de cada día lo compres para toda la semana, encerrándolo después, y siendo esto causa de frecuentes peloterías con tu costilla. Mas te lo perdonaré, si me contestas á lo siguiente:

¿Sabes si existe en esa capital un *cuervo* á quien el gobernador eclesiástico ha amenazado con birlarle los cañamones si no deja á su esposa mística, la cual, según malas lenguas, antes se desposó profanamente con sinnúmero de seglares?

Si lo sabes ó llegas á averiguarlo, dímelo en seguida, y en pago de esto te ofrezco no decir una palabra de aquel tiberio que armó tu sirviente íntima con la de menor cuantía, saliendo ambas á la calle y liándose á mojicones hasta que tú las apaciguaste.

Todo se pega, menos la hermosura; así es que á Aguinaga, el de Lesaca, se le ha pegado el espíritu belicoso de las partidas carlistas, de las cuales dicen que fué capellán.

Hace poco fué á Irún á ver á sus padres, y, paseándose con Artola, *parroquidermo* allí destacado, vieron llegar el entierro civil del respetable anciano D. Martín Brun.

Artola, más prudente, se metió en un portal; pero el iracundo Aguinaga lo sacó de él con ademanes descompuestos, y después se encaró con los del cortejo, desafiándolos con la vista. Acostumbrado á manejar á sus feligreses de Lesaca, creyó mandar en jefe en Irún, sin tener en cuenta que son dos poblaciones que se diferencian mucho.

Casi tanto como Aguinaga de una persona prudente y de buena educación.

El *curanfio* del Calvario (Habana) no acierta á vivir sin ocuparse en pleitos... Justos ó injustos, todos los acomete con un ardor digno de mejor causa.

No contento con la sentencia del juez municipal que declaró no haber lugar á la demanda de insolvencia que proponía á nombre de la iglesia, para litigar contra los dueños de casas y solares el cobro de réditos de un censo que jamás la gravó, y que hoy aparece inscripto en el registro gracias á *quinientas plumadas* que dió en ese asunto, ha interpuesto recurso de apelación ante el juez de primera instancia del Cerro.

Por algo dijo el Evangelio: «Si alguno litigare reclamándose tu capa, dale no sólo la capa, sino también la túnica».

Una jovencita que se hallaba oyendo misa en la iglesia de San Agustín de Tarragona fué acometida de un síncope, y hubo necesidad de traladarla á la sacristía.

Pidieron un vaso de agua, y el encargado se negó, diciendo que no tenía orden para ello.

¿Qué apostamos á que si hubiesen ido á darle dinero, una vela, ó una alcuza de aceite, la hubiese recibido sin andarse con órdenes ni ordenanzas?

Cuando se trata de recibir, la gente negra es capaz de recibir á un Miura; pero cuando tocan á dar, no da ni sombra.

Y si alguna vez por excepción la da, es la peor sombra que ustedes pueden imaginarse: ni la de la *jiguera* de su color.

¿Conoces tú, Manolo, teniente cura de San Jerónimo, al *curavencejo* que, al salir de visitar á una jovencita de la calle de Villalar, se dirigió á su domicilio, contiguo á un templo, y al llegar echó de menos la llave de su habitación?

¿Sabes si, al ver que no podía entrar, mandó al sacristán á buscarla en casa de la ninfa, éste avisó al sereno, el sereno al portero, éste á la mamá, y ésta á su hija, resultando, después de muchas vueltas, que el llavín estaba en la alcoba virginal de la presunta doncella?

Si le conoces, hazme el obsequio de preguntarle qué ejercicios místico-nocturnos son ésos que requieren por templo la alcoba.

Del convento de Oblatas Redentoristas, de Valladolid, se ha *najado* una sin decir «ahí te quedas, cura mío», pero con tan mala suerte, que la *pincharó* un *guindilla* y la devolvió á la piara. Y ésta es la tercera que se permite tomar el *tole* sin permiso de nadie.

Grave y duro castigo merece la falta; mas yo, que soy tan indulgente con los pecadores, y sobre todo con las pecadoras, interpongo mi valiosa influencia cerca de la superiora para que perdone á la pobre-cita, si es que se fugaba por haberse dicho para sus sayas:

Para ser *monja* y no ganar *nd*,  
prefiero ser *mujer casá*.

Me eres muy simpático, tú el que manejas el aprisco de San Lesmes, en Burgos, desde que supe lo galante y condescendiente que estuviste con la sacristana cuando te llevaron un niño para que le echases la ducha mística, y, advirtiéndote ella que no debías bautizarlo por no sé qué, te abstuviste de hacerlo, marchándose la comitiva con el chico á cabeza enjuta.

Se conoce que debes apreciar mucho á esa *barbiana*; porque, de no ser así, ¿cómo era posible que dejaras escapar la *guita* del remojo?

Há poco se dió una función teatral en que representaron varias obras los niños de las escuelas de Moraleja del Vino.

Como es tan amigo de mangonear en todo el *clerilechuzo* Manso, se metió á censor, y entre él y la maestra de niñas, beata feroz, calificaron algunas de inmorales, ó hicieron un auto de fe con las tituladas *Quedarse zapatero*, *El secreto del tío* y *El arte de ser feliz*, obras que habían sido escritas expresamente para niños, y eran de una moralidad intachable.

No concibo semejante brutalidad, á no ser que, fijándose en que algunas veces se han representado en seminarios y colegios de escolapios, dedujese la censoria pareja que en tales sitios no es corriente que haya decencia ni moralidad.

Para costear la fiesta del Corazón de Jesús, rifó el *parroquidermo* de Candás una novilla.

Y debió sacar bastante partido de ella, pues contrató un fraile para nueve representaciones en la trinchera mística, y hubo cohetes y gaita en el atrio de la iglesia; y al terminarse la *juerga* de nueve días (que para algunas beatas quizás sea de nueve meses), se largó el motilón con bastantes cuartos y el



cura se quedó apacentando su grey y engulléndose con su esposa las succulentas migas clericales apañadas á costa de los *primos*.

¿Por qué no estudiaría yo para cura?

Anda el *parroco* de Los Palacios (Cuba) machacando todos los domingos desde el púlpito sobre el matrimonio.

Hace poco se dió el gustazo de decir «que el matrimonio civil es una corrupción, una putrefacción y un concubinato».

«Que los padres venden las hijas por un duro para llenarse la barriga, porque de ese modo pueden divorciarse cuando les dé la gana».

En Los Palacios hay un juez, y éste no ignora que existe en el Código Penal un artículo 142 que debería aplicar al *pater*, para contener sus escarceos oratorios. A no ser que haya creído que para los curas las leyes son letra muerta.

Si quieres ¡oh, Ricardo! el de Tudela de Duero, hacerte rico en poco tiempo, sigue mis consejos.

No perdonas á Cristo ni un céntimo; husmeas las casas de los moribundos, exigiendo, sin respetar el dolor de la familia, que te enseñen el testamento para ver lo que te toca en concepto de misas, *peteneras* y demás.

En cambio, no pagues á tus acreedores, y escatímale hasta á tu barbero el pago de sus servicios.

En fin, para que lo entiendas: *Cobra y no pagues, que somos mortales*.

¡Ah, buen *Cara*, el de Riotinto! ¿Puedes decirme qué jira es ésa que has emprendido á Ecija, tu país natal, y qué frutos has sacado de la excursión? Cuéntame tus coloquios con las Hijas de María ecijanas, enumérame los diálogos que con tus paisanas has sostenido, dime uno por uno los recuerdos gratos ó ingratos que por allí has dejado.

En cambio, yo te daré un consejo. No te ausentes por tantos días de tus feligreses, porque, si se convencen de que se pueden pasar perfectamente sin ti, ¡adiós mis garbanzos! digo, los tuyos.

Como hace tanto tiempo que no tenía noticias de Ferreiro, el de Monforte, lo contaba por muerto; pero ¡quía! sigue tan vivo y tan bárbaramente predicador.

Hace pocos días dijo «que la masonería lleva en su seno siniestros fines».

Enterados. Mas dime: ya que sabes lo que la masonería lleva en su seno, ¿qué llevan en el suyo las Hijas de María á quienes tratas?

Si es que puedes decirme sin ofender mi pudor ni escandalizar mis castos oídos.

Ya sé, Pepe, el de San Justo de Luarca, que te estás echando á remojo el costal de los pecados, y que llevas á tus sobrinas contigo para que también se refresquen el cutis.

Lo que no paso á creer, es que os bañéis los tres juntitos y agarraditos; aun cuando, si así fuese, lo encontraría natural, pues tú debes velar por ellas y evitar que las acometa algún pez.

Por más que haya quien diga que tú eres el ballenato más terrible de esos mares.

Se le fué la mano al pirotécnico celestial, y comió en Lorca los siguientes desaguisados:

Un rayo prendió fuego á la iglesia del Carmen; otro destrozó la puerta de la de San Patricio, y un tercero carbonizó á un pobre vidriero, sin duda porque no encontró á mano al cura.

Les digo á ustedes que me van escamando estos obsequios con que Dios favorece á los católicos y sus templos.

Por si acaso van mal dadas, en cuanto se forma una tempestad me refugio en la Redacción, donde hasta ahora no se ha presentado ningún destello de la divina misericordia, vulgo exhalación.

¿No saben ustedes quién es Macglin? Pues es un cura americano, levantisco y voluntarioso, á quien se le mandó ir á Roma para sincerarse de ciertos cargos que se le imputaban.

Pasado el plazo que se le señaló para verificarlo, el Papa ordenó al arzobispo de Nueva-York que le excomulgase y así lo hizo.

Damos nuestro más sincero parabién al nuevo académico de la de excomulgados, y le deseamos salud y larga vida para reirse de tales paparruchas.

Tiene el lechuzo de Fuente Ovejuna (Córdoba) una sobrinita de once años muy desarrollada, acaso más de lo que ella quisiera.

Este precoz desarrollo ha asombrado á todos, que no saben si atribuir el fenómeno á la mediación espiritual del *pater*.

Yo por mi parte aseguro que no sé qué va á ser de ésa muchacha si sigue engordando así unos cuantos meses más.

Veinte leguas de camino ha emprendido un devoto de Valverde del Idem, para llevar una hija enferma á que la curase una santa que nos ha salido sin saber cómo ni cuándo, y que se trae una farmacopea que da el opio.

Para afecciones del corazón, agua de noria.

Para dolores de cabeza, agua de noria.

Y así sucesivamente, agua de noria para todo.

Apostaría la oreja de un fraile á que esa curandera se ha escapado de algún convento.

¿Sabes tú, *parroco* de Santa Cruz de la Zarza, si tu *economochuelo* Agapito se deja decir, burlándose de tu gordura, que vas á dar á luz un buche, un lechón y un toro?

Si esto fuese cierto, límpiale el comedero, que no es razón el que anduviérais ambos casi á moquetes en la sacristía, por si le querías escatimar una peseta de su paga, para que ponga ahora en ridículo tu obesa personalidad.

Por entretenerse en algo un *sacris* de Elche, se enredó á *morris* con su superior el *párroco*, so pretexto de que éste había andado chismorreando contra su sacristanesca honra.

¡Dichoso sacristán, que desde su humilde estado ascendió de pronto á ejercer funciones episcopales, confirmando al *párroco* y reventándole dos carrillos y pico!

Ello es que el cura de Rociana tiene su correspondiente esposa mística, llamada Jacinta.

Y que, antojándosele al *pater* que el nombre era largo, la ha dejado en *Cinta* solamente.

Aplaudo la conducta del *cuervo*. El asunto es disminuir, que el aumento ya vendrá si para los últimos fines del Señor conviene.

Un asilado de las Casas de Beneficencia de Segovia, llamado San Gil, asestó dos terribles puñaladas al presbítero director del establecimiento.

Y eso que se llama San Gil. ¿Qué hubiera sucedido si llega á llamarse Lucifer?

## CONSULTOR DE FELIGRESES

*Sevilla*.—¿Qué demonios harán unos presbíteros que usan ribete morado, y otros que no lo usan, en una casa de la calle de Argote de Molina y en otra de la Plaza de la Giralda?

—No lo sé. Aunque, como allí hay una fotografía montada por un canónigo aficionado, supongo que irán á retratarse ó á entretenerse en juegos inocentes.

En último caso, pregúnteselo usted al primer *curiana* que vea usted salir desesperado, tirándose de los pelos y como diciendo: ¡Me han dejado sin blanca!

*Pola de Lena*.—Susúrrase que un padre y un hijo de estos contornos tuvieron una cuestión en que el último abofeteó al primero porque le pidió dinero para pagar una multa municipal que le había sido impuesta, siendo lo peor del caso que el abofeteador huele á presbítero. ¿Sabe usted si es cierto, y, en caso de serlo, cómo se llama el ciudadano de la coronilla?

—No sé nada; es más, pongo en duda el hecho, sin que esto me impida suplicarle á Joselillo, cura de Pola, que averigüe lo que haya y se sirva ponerlo en mi superior conocimiento.

## NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

Impreso y publicado el sainete lírico de D. Ricardo Monasterio, D. Fiaco Iraizoz y D. Manuel Nieto, *La Tertulia de Mateo*, que tantas iras y tales maniobras para prohibir su representación ha merecido, en tres días se han agotado las dos primeras ediciones, y se ha puesto á la venta la tercera al precio de una peseta.

Estamos seguros de que también será agotada en breve esta tercera edición, premio merecido por los autores y digno principalmente del desatentado Gobierno que ha perseguido con tanta saña como hipocresía la representación de la obra.

*Corazón* (Diario de un Niño), por Edmundo Amicis, libro traducido al español de la 44 edición italiana, por H. Giner de los Ríos, y con un prólogo de D. Isidoro Fernández Florez.—Versión revisada por el autor y exclusivamente autorizada para España y América.—1.000 ejemplares de tirada.

Según la opinión del distinguido prologuista, *Cuore* (Corazón) es un poema en que se cantan las semillas, en que se glorifica á los sembradores de sentimientos y de ideas; un libro para los niños que debe ser leído por los hombres.

Véndese á tres pesetas cincuenta céntimos en la librería de Fe, Madrid, y en las principales de toda España.

*Los Hombres de Paja*, por Emilio Gaboriau.

Esta novela, cuya acción se desenvuelve en París por el año 1871, en los días aquellos tristes para Francia de la guerra con Alemania y de la *Commune* de París, es de gran interés, como todas las del mismo autor.

El protagonista, prototipo de hipocresía y de doblez, contrasta con el noble carácter de sus dos hijos Magencio y Gilberta, y la debilidad de su esposa, carácter incoloro y apático que, por miedo á su marido, contribuye no poco á la desventura de los jóvenes.

Se halla de venta en *El Cosmos Editorial*, Arco de Santa María, 4, bajo, Madrid, y en las principales librerías de España, al precio de dos pesetas cincuenta céntimos en rústica y tres en tela con una bonita plancha.

*Semblanzas de Políticos*, por Conrado Solsona y Baselga. Primera serie: Pi y Margall, Navarro Rodrigo, López Domínguez, Camacho, Montero Ríos, Toreno, Santa Ana, Martos, Bosch (A.), Cánovas del Castillo, Morret, Romero Robledo, Salmerón, León y Castillo, Silvela (F.), Gamazo, Sagasta, Vega Armijo, Pidal y Mon, Martínez Campos, Azcárate, Alonso Martínez, Gullón, Castelar.—Madrid, librería de Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, 2.—Precio, tres pesetas.

Obra en que su autor juzga á los hombres de su partido con demasiada benevolencia quizás, pero en que demuestra conocer bien la política y sus hombres.

*Química de la Cuestión social, ó sea Organismo científico de la Revolución*. (Pruebas deducidas de la ley natural de las ideas anárquico-colectivistas), por Teobaldo Nieva.—Precio, dos pesetas cincuenta céntimos en toda España.

Obra notable en que el autor demuestra sus grandes conocimientos sociológicos.

Véndese en esta Administración.

*Prácticas en Historia Natural*, por el doctor A. Vila Nadal.—Santiago, Centro de Suscripciones de José Gál, rua del Villar, 46.—Precio, una peseta.

El autor demuestra poseer grandes conocimientos en la materia que trata.

Damos las gracias al Sr. Intendente general de la Administración del Estado, por haber tenido la bondad de remitirnos un ejemplar de los Presupuestos generales del Estado correspondiente al año económico 1887-88.

## LIBROS NUEVOS

### BIBLIOTECA DE EL MOTÍN

#### MORAL JESUÍTICA

ó sea

CONTROVERSIA DEL SANTO SACRAMENTO DEL MATRIMONIO

SU AUTOR

TOMAS SÁNCHEZ (EL CORDOBÉS)

De la Sociedad de Jesús

Traducción del latín.

Véndese al precio de cinco pesetas.

Los suscriptores á EL MOTÍN la recibirán con el 25 por 100 de rebaja.

Hemos puesto ya á la venta el libro que contiene EL TESTAMENTO del cura Meslier, autor de la célebre obra DIOS ANTE EL SENTIDO COMÚN, precedido de la correspondencia que sostuvieron Voltaire y D'Alembert en elogio del libro y de su autor.

A continuación va la curiosa y graciosísima obra ENSAYO SOBRE LA HISTORIA NATURAL DE ALGUNAS ESPECIES DE MONJES.

Precio del libro: dos pesetas.

Los suscriptores directos á EL MOTÍN la recibirán con la rebaja del 25 por 100.

## LIBROS DE LA BIBLIOTECA

DE

EL MOTÍN

EL JUDÍO ERRANTE célebre obra de Eugenio Sué. Tres gruesos tomos.—Nueve pesetas.

LO QUE NO DEBE DECIRSE (Quinta edición), por José Nakens.—Precio: dos pesetas.

LA RELIGIÓN AL ALCANCE DE TODOS por D. R. H. de Ibarreta.—Décima edición.—Precio: dos pesetas.

LA PIQUETA por José Nakens.—Tercera edición.—Precio: una peseta.

DIOS ANTE EL SENTIDO COMÚN por el cura Meslier.—Precio: dos pesetas.

ACICATE DE LA ALEGRÍA Colección de cuentos, epigramas y frases ingeniosas; todo escogido.—Una peseta.

REGOCIJO DE CREYENTES Y BALUARTE CONTRA MELANCOLIAS. precio: una peseta.—Obra festiva con trece buenos cromos.

MADRID

IMPRENTA POPULAR, Á CARGO DE TOMÁS REY

4 — Plaza del Dos de Mayo — 4